

El concepto greco-romano de las enfermedades

Por: ENRIQUE GUARNER

LOS padecimientos que el ser humano sufre son concomitantes con su propia vida. Ello se deriva de que el atributo principal de la existencia lo constituye la inestabilidad. Tanto en su mundo interno como en el externo, el organismo nunca se encuentra en completo balance y aquello que resulta natural para determinadas especies no puede aplicarse a los hombres. Por ejemplo, el vivir bajo el agua es natural para los peces y sin embargo se vuelve fatal para nosotros. Asimismo las plantas tropicales mueren sin remedio en un clima frío, mientras el género humano puede resistir temperaturas muy bajas. La cicuta que fuera el veneno que como castigo se aplicó a Sócrates, constituye la comida habitual de las cabras que pastan en el altiplano helénico.

La vida no es más que el resultado de un equilibrio y si éste nunca llegara a romperse imperaría la salud y hasta podría alcanzarse la inmortalidad. Es más, la mayoría de las personas longevas carecen de verdaderas emociones, no quieren a sus allegados y permanecen obsesivamente aisladas de quienes las circundan.

Por otra parte, la mayoría de los seres humanos se desarrolla con alteraciones de su equilibrio y la regla no es la salud, sino el que ocurrirán constantes cambios dentro del organismo. Es por ello que cualquier padecimiento nos demuestra el predominio de un desbalance que constituye algo más cuantitativo que cualitativo. Las variables en favor de un nivel de neutralidad permiten la continuación de la vida y puede decirse que el ser humano ha establecido mecanismos inmunitarios que lo hacen en-

frentarse ante ambientes sumamente hostiles. Tengo que agregar que al entender las características y tratamiento de sus padecimientos el hombre entendió su propia vida creando la Medicina.

Esta ciencia pudo desarrollarse a través de los milenios descontando errores y dogmas para visualizar y clasificar las diferentes aberraciones. El mundo en la mente primitiva constituía una tragedia en la que cualquier inesperado suceso daba lugar a que se localizara su origen en la malevolencia de algún enemigo. Este podía derivarse del espíritu de un ancestro, de un Dios disgustado, del estallido de una tormenta, o de la desaparición de la luna. Es por esto que la misma irracionalidad tenía una lógica y la pérdida de la salud se derivaba de una fuerza externa que tenía que ser aplacada. De esta situación nació la veneración hacia el brujo, quien pronto se convirtió en el único ser capacitado para librarnos de los embates de la naturaleza. Podemos pensar que las raíces de estas concepciones vernáculas prosiguieron al rendir pleitesía a los sacerdotes en los templos, o a los clérigos en las iglesias actuales.

A lo largo de los siglos en los que no se establecía una relación de causa a efecto entre la salud y la enfermedad; la observación se basaba en el empirismo que rodeaba a la magia. En los formularios de la medicina egipcia y babilónica existen datos que se derivaron de la sistematización de experiencias y curiosamente algunas aportaciones soportaron el paso de milenios como el uso del sulfato de cobre en el tratamiento del tracoma.

Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que fue la medicina griega la primera que alcanzó el grado de ciencia. El médico más destacado de la antigüedad se

llamó Hipócrates, quien vivió en pleno siglo de Pericles, cuando Tucídides escribió sus inmortales páginas y Fidias esculpía en mármol las formas más puras de la belleza helénica.

Los datos biográficos que se atribuyen a Hipócrates carecen de certeza aunque se da por seguro que vivió en el siglo IV antes de J.C., que procedía de la isla de Cos y que viajó por numerosas ciudades incluyendo Atenas. Su obra denominada «Corpus Hipocraticum» comprende a varios autores por lo que es tarea de eruditos descubrir cuáles son los textos originales de este genio. Sin embargo, se cuentan cincuenta y tres compendios con sus principales ideas, que fueron transportadas como tesoros apreciados por los antiguos navegantes hasta que finalmente quedaron depositadas en la famosa biblioteca de Alejandría.

Hipócrates fue el primero que escribió una doctrina sobre la evolución histórica de cualquier enfermedad. Los síntomas de la misma, no sólo son descritos y evaluados, sino que se integran dentro del cuadro clínico. Es decir, que aislados carecen de significado y únicamente en conjunto se constituyen en la totalidad del padecimiento.

Es por ello que la medicina debe a Hipócrates la historia clínica al describir los signos fundamentales y la invención de palabras como son: premonitorios, duración y desenlace, el cual puede dar lugar al acontecimiento de la recuperación o al suceso funesto de la muerte. Para Hipócrates la sintomatología es siempre flexible y sufre de variaciones cronológicas. El curso de cualquier enfermedad puede seguirse día a día y el médico debe diferenciar los cuadros agudos de aquellos que se vuelven crónicos. El médico de Cos observó las exacerbaciones, los reapsos, las crisis y

lo que denominó convalecencia. Con ello determinó que todos los padecimientos pasaban por un ritmo o sucesión de pausas y cortes.

Hipócrates consideró la esencia de la medicina en lo que llamó el «Pronóstico», con el cual se proyecta el presente en el futuro y el curso de la enfermedad tiene que ser contemplado más allá de su situación actual.

La siguiente descripción constituye una obra maestra de su observación frente al fenómeno de la muerte y dice: «La nariz se afila, los ojos parecen vacíos, se colapsan las mejillas, las orejas pierden su calor y contraen los lóbulos. La piel puede distenderse o por el contrario arrugarse y entonces el color de la cara se vuelve verde negruzco, lívido y finalmente adquiere un tono cobrizo».

Desde el punto de vista filosófico los griegos pensaban que la enfermedad no era un capítulo más de la vida, sino que representaba su verdadero sentido. Es por ello que Platón plantea la idea de que todo puede ser finito o infinito. Aquello que es medible en el espacio o el tiempo resulta definible y la salud o la enfermedad no son otra cosa que estados de armonía, por lo que el dolor es la disolución del balance de lo finito.

Platón reflexionaba que las rupturas del equilibrio eran por exceso o defecto. Según el filósofo el cuerpo humano estaba formado por: tierra, agua, fuego y aire, lo cual determinaba que la salud únicamente se conseguía cuando estos cuatro componentes guardaran sus proporciones debidas.

Dentro de la medicina romana alcanzaron gran relieve los nombres de Asclepiades y Sorano de Efeso quien destacó por sus grandes conocimientos en el diagnóstico ginecológico. Sin embargo, no cabe duda

de que el autor que dejó una obra más importante fue Galeno de Pergamo que viviera desde el año 129 hasta su muerte acaecida en 199 de nuestra era.

Este médico resultó el primero que observó las variaciones que se producen por factores psicológicos en la frecuencia del pulso. Se dice que también fue capaz de detectar una enfermedad de la médula espinal en un paciente que presentaba parálisis de varios dedos.

Es por ello que el antiguo médico de los gladiadores de Pérgamo escribió teorías que a lo largo de los si-

glos se aceptaron como dogmas universales. Galeno basaba sus diagnósticos en la alteración de las funciones e introdujo lo que hoy en día conocemos como «el síntoma patognomónico» del padecimiento, o sea, el signo específico principal. Esto constituye la razón para que en el capítulo que intitula «De locis affectis» se establezca que los pacientes deben ser examinados por regiones.

Galeno resultó capaz de clasificar los padecimientos en: inflamaciones, tumeraciones y alteraciones derivadas de la presencia de un cuerpo extraño como

puede ser un cálculo. También diferenció la lesión primaria de la secundaria y pensaba que esta última cedería al desaparecer la alteración que fuera la fundamental.

El tratamiento se basaba en eliminar el agente externo o el humor que produciera la lesión. En otras palabras, el médico de Pérgamo localizaba la función que se había modificado, posteriormente descubría el órgano corrompido y finalmente indagaba la causa para utilizar la terapia indicada.

Puede concluirse que la

historia de la Medicina y de la concepción de las enfermedades se reduce a colocar el acento en alguno de los puntos en los que Galeno hizo énfasis. Es por ello que en el próximo artículo veremos los grandes descubrimientos de la Anatomía en el Renacimiento; como ellos dieron lugar a que en el siglo XVIII se creara la Patología y cien años después aparecieron las revelaciones en el campo de la Microbiología. Todos estos hallazgos no son otra cosa que la consolidación de las ideas que aunque en forma oscura fueron señaladas por Galeno.